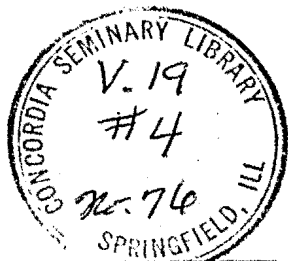


REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

MAR 23 1973



CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

La ordenación	1
Teología de la Diaconía	8
La concordia de Leuenberg	14
¿Significa la "Concordia de Leuenberg una comprensión común del Evangelio? ..	23
La Alta Crítica o el Método Histórico Crítico de Interpretación Bíblica	35
Bosquejos para Sermones	42

Bosquejos para sermones

JESUS Y UNA HERMOSA MUJER

Hay pastores que acostumbran predicar en serie. Una buena serie de sermones sería: "Las Célebres Entrevistas de Jesús". ¡Hay tantas y tan llenas de lecciones en los Evangelios! Hablemos hoy de la entrevista que tuvo con una mujer de dudosa moralidad.

Esta es la historia: Después de haber purificado el Templo, de haber obrado algunos hechos milagrosos en Jerusalén y de haber dicho a Nicodemo que había descendido del cielo para morir por todos los hombres que hubieran sido mordidos por las serpientes del pecado, salió de la Santa Ciudad y dirigió sus pasos hacia Galilea, eligiendo el camino que pasaba por Samaria.

El y sus discípulos, cansados, hambrientos y sedientos, llegaron a las afueras del villorrio de Sícara. Jesús se sienta, para tomar el fresco, sobre el brocal del pozo de Jacob, mientras sus discípulos se han dirigido al poblado para comprar algunos alimentos. De pronto el Señor oye pasos; vuelve su cabeza y descubre una hermosa mujer que se dirige hacia el pozo para buscar agua.

Es verdad que la hora no es la usual para esos menesteres, pero ella tampoco era una mujer como todas las otras mujeres. Había tan poco en su vida, como en el uso de las horas, como en su comportamiento moral. Puede ser que la vergüenza ya estuviera muriendo en ella, pero gracias a Dios todavía no había muerto en su corazón.

Ninguno ha visto un retrato de esta mujer, pero me he permitido imaginarme cómo era. No muy joven, pero tampoco una anciana. Había en ella cierta gracia encantadora y hasta me parece que no sería difícil descubrir rasgos de belleza en su rostro. De otra manera no llego a explicarme cómo había atraído a tantos hombres.

Se disponía a sacar agua del pozo cuando Jesús le dice: "Mujer, dame de beber".

Medio sorprendida y con sarcasmo o ironía, le contesta: "¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que

soy una mujer de Samaria?”. Porque los judíos y los samaritanos ni se hablaban. Pero Jesús, con la sencillez que le caracterizaba, con la caballerosidad que le era proverbial, le respondió: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a El, y El te habría dado el agua de la vida”.

¡Si conocieras el don de Dios! . . . Todas las cosas de la vida son dones de Dios. El está siempre más cerca de nosotros de lo que nos imaginamos. Dios viene a nosotros diariamente con su providencia. Viene en ese gozo que te eleva hasta el cielo; viene en esa tristeza que casi te sumerge en las tinieblas, viene en ese momento de desesperación en los que exclamas, como exclamó David: “¡Quién tuviera alas y volaría!”; viene en ese aguijón de la conciencia que reprocha tus malas acciones; viene en el cuchicheo del Espíritu Santo, llamándote a una vida superior; viene en esa madre tuya que te ama y se sacrifica por ti, en esa madre que cuando tú no regresas al hogar en una hora prudencial, exclama en agonía: “¿En dónde estará mi hijo a estas horas?”; viene en la dulce mirada de ese niño que te dice, cuando regresas al hogar: “¡Papi!, ¡mi papi!”; viene en esa mujer, compañera tuya, esposa tuya, que te quiere, que te ama, que te cuida cuando estás enfermo y con la que eres a veces tan desagradecido y, ¿por qué no decirlo?, tan grosero.

“¡Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a El, y El te habría dado el agua de la vida.”

La mujer quedó sorprendida, y en su asombro le dijo: “No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua de la vida?”. Y Jesús le respondió: “Todo aquel que bebe de esta agua, vuelve a tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás”.

“¡Nunca más volverá a tener sed!” . . . ¿Una exageración? No, mis amigos, una verdad. Esto que dijo Jesús es verdad con referencia a todas las aguas del mundo; esto es verdad con referencia a todas las cosas del mundo. Todos los placeres, todas las hazañas dejan en el alma un no sé qué a lo que podría llamar UNA SED INAGOTABLE. “Todas las

cosas del mundo" —dice Salomón— "son VANIDAD DE VANIDADES."

El mundo y las cosas que él ofrece no pueden satisfacer el alma humana, porque Dios ha puesto en nuestro corazón un sentimiento de eternidad. El hombre está constituido con un interminable anhelo de cosas superiores; cosas que solamente la eternidad puede satisfacer.

Sí, mis amigos: Dios y solamente Dios puede satisfacer esa sed que siente el alma humana. "Si alguno tiene sed" —dijo Jesús—, ¿y quién no la tiene?, "venga a mí y beba." Si alguno tiene sed de amor, sed de amistad, sed de paz, sed de perdón... venga a mí, dice Cristo, y yo le daré agua abundante de vida.

¿Vendrás tú a Jesús? ¿Vendrás con tu alma cansada, agobiada, sedienta...? Si vienes a El, con arrepentimiento y fe, El saciará la sed de tu alma.

Las aguas que da el mundo vuelven nuevamente a la tierra, pero el agua de la vida que da Jesús es un impulso sobrenatural, es un empuje hacia arriba... hacia el cielo.

"Todo aquel que bebe de esta agua" —dijo Jesús— "volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no volverá jamás a tener sed." La mujer samaritana, al oír estas palabras, dijole a Jesús: "¡Señor! Dame a mí de esa agua, para que no experimente sed ni tenga necesidad de venir hasta este pozo para buscarla".

Las ventanas del alma de esta mujer estaban tan sucias por causa del pecado que no podía ver la significación espiritual que se encerraba en las palabras de Jesús, y al observar éste que sus palabras no habían sido bien comprendidas, le hizo ver por qué no lo comprendía: porque su vida —la de esta mujer— era inmoral. Fue entonces cuando Jesús se dispuso a apelar a la conciencia de ella, y dando a su conversación un giro algo brusco, le dice: "Vete al pueblo, busca a tu marido y luego vuelve".

"¡Marido!, ¡marido! ¿Qué tiene que hacer mi marido con el agua de la vida?" En realidad, ¿qué tenía que ver el marido, el amante, el querido de esta mujer con el agua que le estaba ofreciendo Jesús? Pero lo que el Maestro divino trataba de hacer era despertar en ella el sentimiento de vergüenza y de pecado. "Vete al poblado, busca a tu marido

y regresa con él.” Esto es: “Vete al poblado, enfrentate con la verdad de tu vida y vuelve para poder recibir el agua de la vida”. Jesús se propuso despertar la conciencia en esta mujer, revelándole su condición de pecadora. El quería impartirle un gran don, el don de la vida eterna. Pero nadie puede recibir este don a menos que llegue a descubrir que lo necesita. Nadie puede venir al Médico divino —Jesucristo— a menos que se reconozca enfermo. Nadie puede venir a Jesús buscando salvación, a menos que se confiase perdido.

Cuando Jesús le dijo a esta mujer: “Vete al poblado, busca a tu marido y vuelve con él”, ella hizo lo que harías tú y lo que hago yo instintivamente cuando nos preguntan o nos ordenan algo que no deseamos contestar o explicar: “Se puso en guardia, con el fin de proteger el secreto del alma”. “¡Marido!... Yo no tengo marido.”

Era ésta una confesión honrada y verídica, pero no suficiente para “recibir el agua de la vida”. Ella anhelaba esa agua, pero ignoraba que lo primero era excavar el pozo. Había que reconocer y confesar el pecado antes de que fuera posible alcanzar la salvación anhelada.

Para que aquella conciencia dormida se despertara, Jesús le respondió: “Has dicho bien: no tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido”. No solamente había pecado con cinco hombres diferentes, sino que todavía estaba viviendo en pecado con un hombre que tampoco era su marido.

Díjole Jesús: “Si quieres gustar del agua de la vida, vete al pueblo, busca a tu marido y luego ven con él”. ¡Hermanos! Aunque os suenen mal mis palabras: cuesta algo estar en la compañía de Jesús y poder recibir de El el don de la vida eterna. A la mujer de Samaria le dijo: “Vete al poblado y busca tu marido”. A otro, en este auditorio, podrá decirle: “Vete y busca a tu esposa, a la que has abandonado y engañado”; a otro le diría: “Vete, y busca a tu hijo, que se ha perdido, con los «hippies», por no haberle proporcionado tú una buena educación cristiana”; a otro le diría: “Vete y llama a tu padre anciano o a tu madre anciana, a quienes has abandonado, internándolo en un asilo, porque la chochera de ellos te molestaba”; a otro: “Vete y busca a tu hermano, a quien pudiendo ayudar en su desgracia, antes de proporcionarle

cosas del mundo" —dice Salomón— "son VANIDAD DE VANIDADES."

El mundo y las cosas que él ofrece no pueden satisfacer el alma humana, porque Dios ha puesto en nuestro corazón un sentimiento de eternidad. El hombre está constituido con un interminable anhelo de cosas superiores; cosas que solamente la eternidad puede satisfacer.

Sí, mis amigos: Dios y solamente Dios puede satisfacer esa sed que siente el alma humana. "Si alguno tiene sed" —dijo Jesús—, ¿y quién no la tiene?, "venga a mí y beba." Si alguno tiene sed de amor, sed de amistad, sed de paz, sed de perdón... venga a mí, dice Cristo, y yo le daré agua abundante de vida.

¿Vendrás tú a Jesús? ¿Vendrás con tu alma cansada, agobiada, sedienta...? Si vienes a El, con arrepentimiento y fe, El saciará la sed de tu alma.

Las aguas que da el mundo vuelven nuevamente a la tierra, pero el agua de la vida que da Jesús es un impulso sobrenatural, es un empuje hacia arriba... hacia el cielo.

"Todo aquel que bebe de esta agua" —dijo Jesús— "volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no volverá jamás a tener sed." La mujer samaritana, al oír estas palabras, díjole a Jesús: "¡Señor! Dame a mí de esa agua, para que no experimente sed ni tenga necesidad de venir hasta este pozo para buscarla".

Las ventanas del alma de esta mujer estaban tan sucias por causa del pecado que no podía ver la significación espiritual que se encerraba en las palabras de Jesús, y al observar éste que sus palabras no habían sido bien comprendidas, le hizo ver por qué no lo comprendía: porque su vida —la de esta mujer— era inmoral. Fue entonces cuando Jesús se dispuso a apelar a la conciencia de ella, y dando a su conversación un giro algo brusco, le dice: "Vete al pueblo, busca a tu marido y luego vuelve".

"¡Marido!, ¡marido! ¿Qué tiene que hacer mi marido con el agua de la vida?" En realidad, ¿qué tenía que ver el marido, el amante, el querido de esta mujer con el agua que le estaba ofreciendo Jesús? Pero lo que el Maestro divino trataba de hacer era despertar en ella el sentimiento de vergüenza y de pecado. "Vete al poblado, busca a tu marido

y regresa con él.” Esto es: “Vete al poblado, enfréntate con la verdad de tu vida y vuelve para poder recibir el agua de la vida”. Jesús se propuso despertar la conciencia en esta mujer, revelándole su condición de pecadora. El quería impartirle un gran don, el don de la vida eterna. Pero nadie puede recibir este don a menos que llegue a descubrir que lo necesita. Nadie puede venir al Médico divino —Jesucristo— a menos que se reconozca enfermo. Nadie puede venir a Jesús buscando salvación, a menos que se confiese perdido.

Cuando Jesús le dijo a esta mujer: “Vete al poblado, busca a tu marido y vuelve con él”, ella hizo lo que harías tú y lo que hago yo instintivamente cuando nos preguntan o nos ordenan algo que no deseamos contestar o explicar: “Se puso en guardia, con el fin de proteger el secreto del alma”. “¡Marido!... Yo no tengo marido.”

Era ésta una confesión honrada y verídica, pero no suficiente para “recibir el agua de la vida”. Ella anhelaba esa agua, pero ignoraba que lo primero era excavar el pozo. Había que reconocer y confesar el pecado antes de que fuera posible alcanzar la salvación anhelada.

Para que aquella conciencia dormida se despertara, Jesús le respondió: “Has dicho bien: no tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido”. No solamente había pecado con cinco hombres diferentes, sino que todavía estaba viviendo en pecado con un hombre que tampoco era su marido.

Dijole Jesús: “Si quieres gustar del agua de la vida, vete al pueblo, busca a tu marido y luego ven con él”. ¡Hermanos! Aunque os suenen mal mis palabras: cuesta algo estar en la compañía de Jesús y poder recibir de El el don de la vida eterna. A la mujer de Samaria le dijo: “Vete al poblado y busca tu marido”. A otro, en este auditorio, podrá decirle: “Vete y busca a tu esposa, a la que has abandonado y engañado”; a otro le diría: “Vete, y busca a tu hijo, que se ha perdido, con los «hippies», por no haberle proporcionado tú una buena educación cristiana”; a otro le diría: “Vete y llama a tu padre anciano o a tu madre anciana, a quienes has abandonado, internándolo en un asilo, porque la chochera de ellos te molestaba”; a otro: “Vete y busca a tu hermano, a quien pudiendo ayudar en su desgracia, antes de proporcionarle

techo lo has arrojado a la calle"; a otro le dirías: "Vete a tu oficina y revisa tu libro de caja, no sea que se te haya olvidado la anotación de alguna suma de deniro", y a otro le diría: "Vete, deja tu ofrenda sobre el altar y busca al hombre que has difamado, que has deshonrado con tu mala lengua, y luego de haberte reconciliado con él vuelve para encontrarte conmigo". ¿Podrías tú pasar este examen?

La mujer comprendió que Jesús le estaba sonsacando sus pecados, o como diría Sócrates, "que le estaba parteando el espíritu"; que le estaba examinando la conciencia; que le estaba dando a entender que no le sería posible recibir la dádiva de la vida eterna a causa de la mala vida que estaba viviendo; y al darse cuenta de esto le dice a Jesús: "¡Señor! Veo que eres profeta, porque sin conocerme conoces todo mi pasado".

Dios, amigos míos, lo sabe todo y lo ve todo. El conocimiento de esto nos debería hacer temblar. A Dios no lo podemos engañar: "Conoce nuestro acostar y nuestro levantarnos".

Cuando Jesús parteó el alma de esta mujer diciéndole que fuera en busca de su marido y lo trajera a su presencia, ella hizo lo que después de ella han hecho millones cada vez que un predicador les ha dicho: "Debéis arrepentiros y confesad". Ante este pedido la mujer samaritana cambió de tema. Hizo lo mismo que haces tú, lo mismo que hacen millones. Hizo... desesperados esfuerzos para escabullirse... suscitando la antigua cuestión religiosa que existía entre judíos y samaritanos. Los judíos afirmaban que Dios debía ser adorado únicamente en Jerusalén y los samaritanos afirmaban que debería ser adorado en el monte Garizín. ¡Se propuso desviar la flecha que Jesús había lanzado sobre su conciencia!

Pero Jesús no entró en el terreno de la discusión. Esto no le interesaba tanto como la salvación del alma de la mujer. Las pequeñas disputas locales se desvanecerían pronto: cuando viniera el Cristo. "Cuando El venga" —dijo la mujer— "nos hará conocer todas las cosas", y Jesús le respondió: "El Cristo, el Mesías que esperas, soy yo mismo que hablo contigo".

¡Cuánto asombro! Ese extranjero que le había pedido de beber era nada menos que el Mesías. Es por eso que conocía todo su pasado. En ese momento llegan los discípulos del poblado y se extrañan que Jesús estuviera hablando con una mujer.

Cuando revolvemos las amarillentas páginas de la historia descubrimos acá y allá cómo Cristo ha cambiado el mundo, y al cambiarlo ha cambiado la suerte de las mujeres.

Mujeres que me estáis escuchando, ¡cuán agradecidas deberíais estar a Jesús! ¿Quién hizo decente y moral para un profeta hablar contigo? Jesús. ¿Quién te elevó, cambiándote de ser el juguete de los placeres del hombre en la amiga, la compañera y su igual? Jesús. ¿Quién te borró el estigma de la esclavitud de tu frente, oh, mujer, y te convirtió en la amiga del hombre y colocó sobre ti el halo del romance? Jesús. ¿Quién cambió tu suerte, ¡oh, mujer!? Jesucristo, el Hijo de Dios.

¡Mujer! Ven hasta Jesucristo. Ven tal como estás. Rompe tu vaso de alabastro lleno con el unguento precioso y costoso de la feminidad. Ven hasta Cristo, y en agradecimiento por todo lo que ha hecho por ti rompe ese frasco y derrama sobre la cabeza del Maestro divino tu unguento de amor y de gratitud. Ven, acércate a Cristo y lava sus pies con tus lágrimas de amor y sécalos con tus cabellos.

Los discípulos llegaron del poblado y entonces la mujer se alejó del pozo. Pero en su emoción abandonó el cántaro. ¡Ya volvería por agua en otro momento! Y obrando impulsivamente corrió hasta el pueblo para decirle a los hombres: "Venid a ver a un hombre que me ha dicho cuánto he hecho. ¿Será por acaso el Cristo?".

Aquella mujer fue uno de los primeros misioneros populares del cristianismo. Fue a buscar agua en el pozo de Jacob y cuando encontró el pozo de la verdad abandonó su cántaro.

¡Hermana!, ¡hermano!: si Cristo te ha dicho todo lo que has hecho; si te ha dicho todo lo que deberías hacer, ¿por qué no hablas de El como lo hiciera esta mujer de Samaria?

Pero si Cristo no ha hecho nada por ti; si El no te ha abierto el cielo de esperanza alguna, ni te ha revelado tus peca-

dos secretos, ni te ha dado a beber una gota de gozo y paz, **¡entonces guarda silencio!**

Pero si El ha hecho algo por ti y para ti; si El se te ha revelado como el Salvador de tu alma; si te ha demostrado cuán dulce y fiel sea su amistad, cuán fuerte su brazo protector, cuán amorosamente te ha ayudado cada vez que has caído, entonces HABLA DE EL, como habló de El la mujer de Samaria.

Tal vez esta historia haya tocado tu corazón y haya despertado en ti un sentimiento de necesidad. Entonces escúchame un minuto más.

Si hay algún pecado secreto en tu pecho, recuerda que El lo conoce. Si estás convencido que las cosas del mundo no satisfacen plenamente; si el eco de las palabras de Cristo pronunciadas en el brocal del pozo de Jacob han despertado esperanzas en ti: entonces, ven por la fe hasta Jesús y dile con la mujer de Samaria: "Señor: dame de esa agua de vida para que nunca jamás vuelva a tener sed".

Quiera el Espíritu de Dios hacer su obra salvadora en ti. Amén.

A. L. Muñiz

¿Sabía usted que el verdadero significado de la Ecumena no es la actividad interconfesional, como casi siempre se pretende hacernos creer, sino que la palabra, según el profesor Hoeckendijk, dirige nuestra atención hacia la tierra habitada? Ecumenicidad significa, para él, la "actividad de la congregación misional como la iglesia en su totalidad en todo el mundo". Y todavía viven 2,5 mil millones de no cristianos en esta tierra.

¿Sabía usted que en Sabah (Malaysia) ocurre una verdadera persecución de los cristianos? 10 enfermeras europeas y 15 sacerdotes fueron expulsados. Varias iglesias fueron atacadas. Se trata de intimidar o sobornar a los cristianos o se los amenaza con la cárcel, con la confiscación de sus campos o con difamación.